

¿ A dónde huyó veloz el claro día
De inocencia, de paz y de contento
De la niñez afortunada mía ?
Tú volviste,avecilla venturosa,
A tu nido y los campos paternales,
Sobre el ala del aura sonora,
Pasados los funestos vendavales
Cuando en el puro ambiente se difunde
De los floridos campos la fragancia ;
¡ Mas a mi pobre corazón no vuelve
La dulce paz de su dichosa infancia !

JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ

MEMORIAS DE UN PEREGRINO

I

El camino

Qué grato es para el ánimo conturbado, en presencia de los numerosos problemas que actualmente preocupan a los hijos de esta amada patria colombiana, espaciar el espíritu por regiones más serenas, olvidando, siquiera sea momentáneamente, los rudos combates que a diario es preciso empeñar contra los numerosos enemigos que día por día saltan a la lisa del combate.

Es grato, decimos, sacudir por unos días la carga abrumadora, y llena el alma de ilusiones y de sana alegría el corazón, dejar atrás los recuerdos tristes entre las nieblas del *Galeras*, abandonar los graves cuidados que impone la urbe legendaria y mudar los conocidos cuadros por otros muy más hermosos y risueños que, desarrollándose ante nuestros ojos como vistas cinematográficas, al raudo andar de suaves caballerías, a par que ensanchan el horizonte físico, tan menguado y estrecho en las ciudades, dan al alma cierta dulcísima expansión, bastante a mudar la austera gravedad, anexa

a graves cuidados, por alegre y sano regocijo, propio de quien emprende una gira de recreo.

Y es que el aire puro de los campos, cargados de fuertes olores campesinos; las caricias generosas del sol, recibidas plenamente tras luengos meses de forzada reclusión; el cantar alegre y no aprendido de lasavecillas montañeras; el grato triscar de los rebaños; los acres olores de la perezosa vacada en las alegres mañanas del corral; el alegre musitar de los arroyuelos y fontanas que empujan sus ondas blandas y transparentes sobre las blancas guijas del lecho, con rumbor de risas argentinas, han sido siempre solaz para los espíritus; algo como un renuevo de vida nueva, bebida ávidamente sobre las verdes sabanas, agrestes picachos y repuestos y escondidos bosques de nuestra hermosa tierra patria. Las oscuras manchas de los lejanos montes; las vagas siluetas de nuestras perfiladas montañas, arrebuajadas en tenues chalinas de azules gasas; las vertiginosas pendientes y laderas de nuestros atormentados ríos; los agrios peñascos y policromas quiebras de la cordillera andina; las mil sinuosidades de nuestros inverosímiles caminos, que en giros caprichosos envuelven la recia contextura de nuestras cordilleras como deformes sierpes de anillos rojos o amarillos; las verdes mesetas y sabanas y el variado colorido de las sementeras en sazón, ponen alegría en el espíritu, regocijan el ánimo, y a par que nos obligan a añorar los risueños cuadros de los primeros años de la vida, nos deleitan con la semejanza que guardan con el carácter de nuestra raza y el tinte poético que prestan a nuestras impresiones.

Tal le acontece al viajero que, remontando las aguas del torrentoso *Guaitara*, deja atrás las viejas torres, las rectas calles y desiguales y lamosos tejados de la histórica y silenciosa ciudad de Pasto.

A poco andar por la polvosa carretera, un viento frío y cortante muerde las carnes; las líneas de los vecinos cerros se esfuman en cerúleas lejanías, y una ve-

getación agreste y recia, impregnada de húmedas emanaciones campesinas, sorprenden al regocijado viajero.

Es el páramo cubierto de helechos y duros fiques, cortado a trechos por monótonas manchas verdinegras, borroso recuerdo de abatidas montañas. Una lluvia menuda y helada azota los rostros, mientras el cierzo retozón arremolina las ropas y se cuela muy quedo con ligeros estremecimientos de escalofrío.

Las caballerías moderan el paso, y una incierta y melancólica pereza, un raro enervamiento invade la naturaleza y los espíritus. Un cielo gris, borroso y triste, roba la viva lumbre del sol que, embozado entre nievas mantillas, apenas deja sobre el viajero pálidas caricias, muy otras de las que poco antes imprimía sobre las carnes marchitas por el encierro, como rojos estigmas precursores de vida.

Empero, así como en la vida humana ha querido Dios que a la tristeza suceda la alegría y el llanto a la sonrisa; del mismo modo quiso, también, que en la rica y multiforme vida de la naturaleza los cuadros melancólicos y tristes se opongan a esos otros bañados de luz y de esplendor. Ha querido que al limpio llano se oponga el cerro sinuoso y alto; a la montaña espesa y sombría, la verde y lisa sabana; al tostado arenal, el ancho mar y el murmurante río, y a los helados paisajes del invierno, las coloridas y risueñas escenas primaverales. Y es porque la ley de los contrastes rige el mundo de las almas y el mundo de la naturaleza.

Lentamente y a medida que el viajero deja las tierras altas, el aire se va suavizando, el sol es más acariciador, la vegetación más rica y variada, el paisaje más risueño, hasta que al fin, como en un vasto escenario, se muda aquella melancólica decoración paramera por la alegre y vigorosa de las tierras cálidas.

El horizonte se amplía, la luz se hace más intensa y sobre las lejanas montañas y frondosas quiebras el sol cabrillea con retozona volubilidad.

Regadas aquí y allá, sobre blandos recuestos de la cordillera o sobre pequeñas mesetas, y no pocas veces perdidas en agrios peñascales, se agrupan en torno de las lejanas torrecillas de las iglesias las blancas casitas de los poblados, como nívea banda de palomas posadas sobre el oro de los trigales en sazón.

La polvorosa y amplia carretera—descuidada hoy en mucha parte—gira en torno de verdes montículos y recios contrafuertes; en tanto que a uno y otro lado yérguense, con altiva majestad y noble señorío, altos cerros y abruptos peñascos, rojas quiebras y hondos despeñaderos, totalmente cubiertos de extensas y abundosas sementeras de trigo. Un mar de oro se mece allí al soplo leve de ligera ventolina, y en sus estremecimientos descende en suaves ondulaciones desde las cimas abruptas e inaccesibles hasta los hondos abismos que el viajero escudriña temeroso, soñando con aquellos humildes labriegos, titanes del trabajo redentor. Es una inmensa cabellera rubia, que en suelta cascada se despeña de aquellas altas testas nimbadas por las nubes, hasta acariciar con sus últimas hebras de oro las cristalinas aguas de los ocultos riachuelos que lamen sus orillas.

El sol cae mansamente sobre el viajero, y abrasa y prende la sangre, que en recios golpes corre al través de las venas y sube al rostro: un ligero sudor humedece el cuerpo, en tanto que suaves aromas, arrancados por caprichosas brisas a las mil flores y frutas de aquellos hermosos huertos pletóricos de vida y de perfume, regalan el sentido.

La vegetación se hace más y más exuberante a cada nueva revuelta del camino, el río Guátara más sonoro, las aves más vistosas, la naturaleza más espléndida. Y todas estas cosas juntas hablan más a la inteligencia de esas altas temperaturas que las más flamantes teorías científicas.

Las verdes y frondosas plataneras alternan con los espigados maizales, y los cafetos en flor con las exten-

sas plantaciones de caña, alineadas como un ordenado ejército.

El camino se muda de pronto, y la amplia carretera se trueca en empinada rastra que, girando caprichosamente en torno de numerosos cerros, sube y baja, se alarga sobre el abismo del río y por inverosímiles puentes, para trepar nuevamente, por entre áridos pedregales y monótonas colinas, a las tierras altas.

Una melancólica monotonía emborriona el paisaje, y la vista fatigada se pierde entre la uniforme tonalidad de aquellas incontables colinas áridas y desprovistas de toda vegetación. La única nota alegre de este cuadro igual es una cascada de agua, que, descendiendo de una elevada meseta como ligero encaje de Bruselas, rebota de peña en peña, con quejumbroso rumor, hasta perderse, a manera de un ensueño humano, entre las hondas y oscuras quiebras de aquellas montañuelas.

Al coronar la cima, tras un penoso y lento ascenso, se encuentra el viajero en pleno paisaje de tierra fría, embellecido únicamente por los ricos labrantíos que, como un vasto tablero de ajedrez, bordan los altos cerros, descienden por las onduladas faldas y se pierden a lo lejos entre las espesas sombras de los lejanos montes.

El pueblecito de Iles asoma allí como si una blanca bandada de palomas se hubiese posado sobre los dorados barbechos, al amparo de una pequeña colina.

Luégo continúa su marcha el viajero sin tropiezos ni dificultades, pero también sin halagos ni emociones. Una idéntica tonalidad de oro y esmeralda envuelve aquellos cerros y minúsculos vallecitos, donde el trigo germina en gruesas espigas, denunciadoras de bendecida abundancia.

Empero, si la vista fatigada no encuentra ya amplios horizontes, y el sentido no se regala con suaves aromas, y el rumor de los ríos y el canto de las aves no alegran el oído, el espíritu, en cambio, gozando de aquella mansa quietud, recreado con esos puros goces cam-

pesinos, vuela libremente, no aprisionado y estrecho, como le acontece en las ciudades, centros enervantes cargados de preocupaciones y congojas.

El viajero respira deleitosamente a pleno pulmón esos aires sanos y fuertes que, al par que lo embalsaman, lo regocijan y alientan; el entendimiento se ensancha y recrea buscando al través de aquellas magníficas cifras—compendio hermoso de las ricas y variadas cualidades patrias—el resultado de nuestro gran problema fiscal, estudiado siempre y siempre en vía de lejana resolución.

Pero cómo se regocija, en cambio, el ánimo contemplando esa tierra virgen, madre fecunda y generosa, que lleva en sus entrañas tan ricos gérmenes y tan grandes riquezas en su anchuroso seno, palpitante de vida sana y robusta.

Aquella generosa abundancia hace olvidar las horas tristes de la vida, pues habla del contento de los hogares donde no falta el pan, ya que esas abundosas sementeras, regadas con el piadoso sudor de sencillos y rudos labriegos, son un homenaje perenne al *Bondadoso Padre de Familias* y un himno grandioso a la paz redentora y al trabajo santificador.

Qué dulce pensar que allí, donde enantes resonara el agrio toque del clarín de guerra, sólo se escucha ogaño el golpe seco del hacha y la voz del gañán que arrea la recua o despierta los perezosos bueyes que, con gravedad filosófica, lentamente van trazando el surco que por muchos meses guardará, bajo la húmeda tierra, a par del fecundo grano, las esperanzas del hogar y el pan de la familia.

Y sueña el viajero, al contemplar esas hermosas realidades, con otras más risueñas aún. Y ya le parece que el bosque secular se trueca, a los repetidos golpes del hacha o bajo las rojas lenguas de fuego de luminoso incendio, en abundosas dehesas donde pastan perezosamente numerosas vacadas; o que rápido cruza por el

tembloroso pentagrama de acero el pensamiento humano como nota de luz y de verdad; ya imagina escuchar entre la espesa maraña y al través de los lejanos oquedales, el grito agudo de la rauda locomotora que, con jadeos de fiera perseguida, trepa, rugiendo hasta los altos montes, para descender en seguida a la llanura y perderse a lo lejos con su negro blondo penacho de humo, como un recuerdo fugitivo de mejoras días.

* * *

Al dejar el caminante el pequeño pueblecito del Contadero—acurrucado como paloma torcaz en un estrecho vallecito, alegre como una mañana y risueño como un niño—el panorama cambia totalmente de aspecto.

El horizonte se amplía de pronto, y la vista, fatigada con las mil sinuosidades de la cordillera, se pierde en azules lontananzas, realzadas con los poéticos encantos de las tierras bajas.

Allí se dilata como una gigantesca esmeralda la sabana de Ipiales; más lejos asoma, medio velada por sutiles gasas, la de Túquerres, y como gigantes atalayas nimbados por las nieblas, alzan sus *núveas* testas el *Chiles* y el *Cumbal*, viejos centinelas de aquellos hondos y bien cultivados valles, donde alternan los numerosos rebaños y opulentas vacadas, con las valiosas y ricas sementeras.

El cielo patrio; este lujoso pabellón azul que arropa a Colombia, es allí más intenso, más vivo, más sereno, como si quisiera impresionarnos una vez más con su limpia hermosura, evocadora de las épicas grandezas patrias, antes de desvanecerse entre las blancas nieblas y albos cendales que allende el Carchi esfuman los últimos picachos del Ande colombiano.

La mole gigantesca de la cordillera se aleja y retira; las hondas quiebras, los agrios peñascales, los recios y caprichosos contrafuertes, esos gestos eternos del

Ande, esos infinitos repliegues que guardan tantas riquezas ocultas y atesoran tantas energías latentes, se esfuman a lo lejos a medida que el viajero se aproxima al venerando santuario de *Las Lajas*. Y sólo quedan en pie, como centinelas avanzados de la sabana de Ipiales, el peñón del Santuario y la mole frontera, partidos por la cuenca anchurosa del río *Carchi*.

II

El Santuario

El descenso se hace por un camino escarpado, que reclama mucho trabajo aún para ser bueno y accesible. En caprichosas espirales dantescas descende el viajero por la orilla del río, pero distante aún de éste y en sentido inverso de la corriente, teniendo al frente el alegre pueblecito de Potosí, que demora frontero al Santuario en la opuesta orilla, cabalgando graciosamente sobre una ancha jiba de la rugosa cordillera.

La situación del templo y las mil sinuosidades del camino no permiten divisarlo por esta banda del río hasta dar con él, lo que mantiene inquieto y curioso el ánimo del romero que, por vez primera, peregrina por estos sitios de eternal recordación.

El paisaje es agreste y primitivo y la vegetación raquítica y recia, propia de terrenos volcánicos.

En cambio la misma religiosa soledad, la misma aridez que caracteriza este sitio y las tierras aledañas; el ruido monótono y sordo del río, que corre abajo a una profundidad de cuarenta y más metros, rebotando tumultuosamente sobre su lecho de rocas, son parte a despertar más vivamente el sentimiento religioso y a hacer más honda la idea de lo sobrenatural. Allí no impera el arte, sino la Divinidad.

No es aquel lugar de terrenas alegrías y mundano bullicio; allí no topa la vista esos alegres y pintorescos cuadros tropicales en que una exuberante vegetación, cargada de fuertes y cálidos aromas y matizada de

vivos colores, regala el olfato y pone en la retina ricas y variadas tonalidades. Allí no se experimenta el mareo de los centros populosos, ni la augusta majestad de las selvas vírgenes, ni la alegre sonrisa con que nos regala la alegre naturaleza en las tierras calientes.

Allí sólo escucha el piadoso musitar de fervorosas plegarias, es blando rodar de lágrimas ardientes, algo como el suave rumor de ácidos suspiros que, perdiéndose entre las quiebras de la roca, parecen adormilarse allí cómo eternals exvotos del amor filial y la piedad cristiana.

El piadoso romero experimenta allí algo de la paz serena y grave que rodea, como una mística atmósfera, las viejas abadías y callados y añosos monasterios, en tanto que el alma, henchida de ternuras no sentidas antes, se adormece blandamente en castos ensueños al misterioso ruido de esos vagos rumores que rondan en torno de los santuarios católicos, consagrados por el tiempo y la veneración inmemorial de los pueblos. La naturaleza misma participa de este religioso letargo, vecino del éxtasis. El paisaje monótono e igual evoca ideas eternals, y el tiempo mismo—viajero presuroso de la vida—parece detener allí su marcha secular como estancado blandamente en algún hondo remanso de la eternidad.

Una calma mansa y apacible cobija este rincón bendito donde moran el silencio y la oración. Sólo al nacer del día las aves vocingleras arrullan blandamente, y con sus suaves trinos—campanas musicales—despiertan al peregrino invitándolo a bendecir al Señor, diciéndole: *Jam lucis orto sidere, Deum precemur supplices. Ya apunta la luz del sol, suplicantes bendigamos a Dios*; en tanto que a lo lejos, como una queja perdida en la espesura, como un eco piadoso venido de otros mundos, se escucha el blando acento de campesinas flautas que tañen melancólicamente los numerosos romeros, que, venidos de lejanas tierras, descienden

con las luces del alba por las quiebras y hondonadas que por diversos senderos conducen al Santuario, trayendo en las manos, junto con algún piadoso presente, el tradicional y poético ramo de romero florecido.

Del peñón frontero se lanza al hondo abismo una hermosa cascada que, rebotando de piedra en piedra, cae al abismo trocada en luminoso cendal; y al caer de la tarde, entre las sombras oscuras de la noche, abrihantada por los argentados rayos de la luna, semeja un velo nupcial suspendido sobre las negras fauces del abismo.

Este agreste sitio guarda siempre impreso el sello de esa piadosa melancolía que deja en las almas y en las cosas un suave atardecer...

El viajero desciende al Santuario por una empinada y rápida pendiente, interrumpida por el pequeño y poético vecindario que demora no lejos de la santa capilla. Y a medida que se aproxima, las blancas casitas, que semejan disperso rebaño de albas ovejuetas, se van juntando, multiplicándose y haciéndose más numerosas, hasta que forman un núcleo central que recuerda caprichoso redil.

Media hora larga emplea el romero en descender desde la cima donde se aparta la carretera que lleva de Ipiales a Tulcán, hasta el pequeño vecindario, abigarrada aglomeración de casas y chozas de diversos estilos y construcciones, formada de estrechas callejas que terminan por un atrio embarandado, donde modesta pero hermosa se alza, como cariñoso atalaya del vecindario, la casa del capellán.

En el mes de septiembre, época de las grandes fiestas del Santuario, hay allí mayor concurso de peregrinos que el resto del año. Por las callejuetas y encrucijadas, por los caminos y senderos pululan numerosos y devotos romeros que, deseosos de ofrecer algún presente a la Virgen María, recorren y visitan los no escasos tendales, donde se muestran a los ojos de los piado-

sos viandantes cirios y estampas, rosarios y postales, amén de otros diversos objetos que, con la imagen de Nuestra Señora de *Las Lajas*, forman el reducido comercio de aquella mansión de paz y recogimiento.

Una rampa pendiente y sinuosa, amparada por uno de los lados por una gigante roca, y por el opuesto por un fuerte y largo barandal de piedra que la separa del hondo abismo, lleva del caserío al templo, y por la cual descienden innúmeros peregrinos venidos de todas las ciudades y pueblos de la república; en tanto que por el sendero opuesto, onduloso y estrecho, como amarilla sierpe engarzada en nudoso tronco verdinegro, baja otro río humano venido de las provincias del sur, de la costa y no pocos de las poblaciones del Ecuador.

Allí se dan cita los viajeros norteños, los provincianos del sur y los hijos del Cotopaxi, llevando cada uno impresos en sus trajes, acentos y costumbres, el sello común de la raza y las específicas diferencias regionales, así idiomáticas como de varia y caprichosa indumentaria.

* * *

Con el ánimo suspenso; embargado por un raro sentimiento, mezcla de piedad y temor; con la creciente y curiosa ansiedad de quien persigue un ideal que intenta escaparse cuando se acerca su posesión, baja el romero la empinada rambla, más y más pendiente a medida que se acerca al término final.

Nervioso, mudo, meditabundo, agitado por el esfuerzo y la interna emoción, continúa el descenso sin parar mientes ya en lo que le rodea, y buscando solamente con mirada inquieta el anhelado Santuario.

De pronto, al doblar el último recodo del camino— como visión celeste,—niveas como las alas de los querubines, erguidas como las almas nobles, se destacan sobre el negro fondo de la roca, ante las atónitas miradas del viajero, las blancas y airoas torrecillas del templo, el diminuto barandal de la terraza y una parte de la pequeña cúpula de ladrillo vidriado.

Un grito involuntario se escapa de los labios temblorosos: ¡Allí está!... ¡allí está! y, suspenso y conmovido, no acierta el viajero a decir lo que sienta su alma! ¡Ora y calla!

Mudo y presuroso continúa la marcha el conmovido viajero, fijas las miradas en las niveas torrecillas que, como blancos índices, señalan el cielo azul que envuelve entre su limpio manto aquel nidal de amor y de piedad, arrancado por María del paraíso mismo para enclavarlo allí.

Antes de franquear la portada lateral que se abre al pie de la rampa, el camino termina bruscamente por una serie de peldaños excavados en la misma pendiente.

A la derecha del muro roquero que bordea el camino, en una excavación superficial de la roca volcánica, descubre el viajero una loza de piedra bruta donde es fama que un hijo del Celeste Imperio dejó impreso en caracteres chinoscos, junto con un par de ojos burdamente pintados, alguna fervorosa plegaria; quizás la petición de un beneficio.

Animoso desciende el peregrino de *Las Lajas* aquellos duros y altos escalones y, con paso incierto, franquea la maciza portada que da acceso al costado oriental del templo.

Es un pequeño atrio, cortado en escuadra, y por el frente defendido por recia baranda de piedra tallada, que se alza sobre el borde del abismo y a nivel de la triple cripta de amplias ventanas de arco, como un balcón colgante; por el norte y el occidente ampara el Santuario la maciza roca. A las criptas se baja por altos y pendientes escalones excavados en la roca, que a par que llevan a amplios corredores y pequeñas hospederías situadas debajo del templo, en los terraplenes levantados desde el río hasta la base del Santuario, dan entrada al camino que viene de Ipiales y al que, cruzando el puente echado sobre el *Carchi*, lleva a Potosí;

y por donde salen los peregrinos en los días de gran concurso, pues imposible sería arrollar la ola humana que, en rápido descenso y apretada corriente, baja por la rampa.

Es el *Santuario* una modesta capilla sin pretensiones arquitectónicas.

Al frente la amplia entrada que se abre sobre la terraza, adornada con una elegante puerta de hierro llena de artísticos calados, desde donde pueden los peregrinos venerar a nuestra dulce Madre en las horas en que permanece cerrado, y a cuyos lados se yerguen, con la rectitud de un místico anhelo, las dos blancas y airozas torrecillas que, como centinelas avanzados, dan al romero la voz de alerta. Detrás, se empina la pequeña cúpula de ladrillo vidriado que cabrillea con los vivos rayos del sol, haciendo raro contraste con la blancura impoluta de las torres y albas paredes del Santuario.

Medirá la capilla unos veinticinco metros desde el balcón que cuelga sobre el río hasta la gigante roca donde se destaca la veneranda imagen de Nuestra Señora de *Las Lajas*, la misma encantadora Madre del Rosario.

Su construcción y desapropiada pintura nada dicen al alma, pues una y otra no traspasan los límites de lo mediano. Pero en cambio sorprende de modo inefable aquel Santuario incrustado en la peña bruta, como una perla blanca sobre rica montura de oro viejo, a cincuenta metros de altura del tormentoso *Carchi*, que besa humildemente su hondo y duro pedestal, y como antemural divino que defiende la cara patria colombiana en la frontera sur.

Es el divino pararrayo que evita el devorante fuego de la justa cólera del Señor: dulce asilo de paz y de consuelo para los enfermos del cuerpo y los que llevan hondos males en el espíritu, y el fuerte muro que ha salvado a Colombia y continuará salvándola de pro-

pios y ajenos enemigos por esta parte del medio día, mientras tenga, como el cóndor andino, su regio trono en aquel escondido rinconcito del Ande. Es un nido de gaviotas oculto entre el duro entrecejo de las peñas; una blanca caricia de la luna prendida de la espesa maraña de la roca.

Una sola nave central forma el pequeño templo, a cuya derecha y al lado del presbiterio se abre una capillita sesgada, dedicada a San José y enriquecida con un altar de mármol gris. Del lado opuesto y muy cerca del altar mayor yérguese altivo un gigantesco bloque de roca viva, lleno de grietas y largas y negras desgarraduras, del cual penden varios *exvotos* que, con su elocuente mudez, están pregonando eternamente las finezas de la que es *Madre de Misericordia* y *Reina de Mercedes*. Allí mismo se alza un pequeño altar dedicado al Niño Dios. Del mismo lado se abre en el macizo muro la sacristía, estrecha y reducida y que comunica por el interior con el púlpito abierto sobre el paredón.

Sobre el angosto presbiterio, formado por una hermosa baranda de madera, y que a la vez que sirve de mesa para la repartición del *Pan Eucarístico*, separa el altar del pueblo, se abre la cúpula de pequeñas dimensiones y que da paso a la viva lumbre que penetra a torrentes por sus amplios ventanales, bañando de lleno el rico altar, mientras el resto del templo yace oculto en una piadosa penumbra muy propicia para recoger el ánimo y admirar mejor la divina imagen de nuestra Reina y Señora. De uno de los ángulos del templo, no lejos de la cúpula, pende amenazante y terrible un negro bloque de granito, una punta saliente de la enorme roca que, con su hermosura aterradora, rompe la monótona uniformidad del colorido interior del templo.

Frontero al altar mayor se alza el pequeño coro que, recatado en religiosa penumbra, apenas deja entrever, como en borroso diseño, las líneas del barandal y la informe silueta del órgano.

En el centro de la nave y sobre el bloque granítico y abrupto se destaca un pesado altar de mármol gris, de orden corintio, pero que no obstante su crecido valor y colorido, lejos de embellecer, emborriona y afea la agreste y salvaje belleza rústica de la roca, destruída y sepultada en su mejor parte tras las macizas columnas y ancho cornisón del malhadado altar.

En el centro contempla el peregrino el amplio y rico velo que oculta a la que es *Aurora de la mañana*, y sobre rica ara de mármol, cubierta de blancos y finísimos manteles, orlados de valiosos frontales bordados de oro y pedrería, arden numerosos y blancos cirios, alternados con lujosos ramos de oro y elegantes y artísticas macetas de flores artificiales.

Pero si el piadoso romero no encuentra allí la severa línea griega, ni el capitel jónico, ni el acanto corintio; si echa de menos los complicados arcos y lujosas columnatas del estilo romano; si lamenta la ausencia de la piadosa y recogida ojiva, las atrevidas cúpulas que se pierden en religiosas penumbras, y los afiligranados encajes y airosas agujas del arte gótico-cristiano; si no halla la artística combinación del renacimiento con sus luminosas claridades y rica ornamentación; si, en una palabra, echa de menos el arte arquitectónico, y la ingeniosa trabazón de frisos y cornisones, arquivoltas y listeles, capiteles y plintos, luces y claroscuros, en cambio el espíritu cristiano descubre allí algo más grande que todo aquello; algo muy superior a todo lo humano. Es una fuerza oculta y misteriosa que avasalla y domina; un sentimiento íntimo de lo sobrenatural; algo que trasciende lo meramente humano para perderse en las misteriosas lejanías del cielo.

Desde que el viajero contempla por vez primera las nevadas torres del Santuario, hasta que, lloroso y entristecido, las contempla por última vez al través del prisma de las lágrimas, antes de doblar el postrer recodo del camino, una emoción desconocida, penosa y

dulce a un tiempo mismo, se apodera del ánimo. Y es que allí palidecen las cosas de la tierra, menguan las humanas grandezas, enmudecen las más elocuentes palabras y se esfuma todo lo terreno, para dar paso únicamente a los puros sentimientos del alma, a esa parte espiritual y divina que llevamos con nosotros y que, como en propio hogar, halla en aquel piadoso sitio fácil y deleitoso acomodo.

Allí enmudecen las pasiones bastardas, callan los humanos afectos y huyen y se escapan las mentidas quimeras del siglo, los delirios de la ciencia sin Dios, para tributar pleito homenaje a esa fuerza divina, a ese inefable arrobamiento, a esa irresistible violencia que domina y avasalla, rinde y cautiva todo nuestro sér.

Tan pronto como el romero afortunado franquea la puerta del Santuario, ya no es dueño de sí. La emoción, agigantándose por momentos en su pecho—cárcel estrecha para tamaños sentimientos,—aumenta en misterioso *crecendo*, sube como una ola tempestuosa presta a reventar, y es menester doblar el esfuerzo, despertar todas las energías para no caer de rodillas en el mismo dintel del santo templo.

Mas cuando, en medio de nubes de incienso y al sonoro tañer de argentinas campanillas, se descubre el rico velo, y a la luz de numerosos cirios y al blando y piadoso arrullo de cánticos sagrados contempla el viajero la veneranda imagen de María, ya no es posible resistir más tiempo a esa fuerza misteriosa que atrae, con dulce pero irresistible violencia, el alma y el corazón; y cayendo de hinojos, bañado en llanto, trémulo y pálido por la emoción, clava los ojos con tenaz insistencia en ese cuadro divinamente sublime en su admirable sencillez.

Un gran lienzo de roca viva y abrupta, enmarcado tras el pesado altar, esplende ante los ojos del romero, y allí, sobre ese fondo agreste y salvaje, como una visión celestial, como un ensueño paradisiaco, aparece Nuestra

Reina y Señora la Virgen del Rosario, como si nos fuese dado contemplarla realmente en su soberana y casta realidad al través de un desgarrón del cielo.

Es ELLA misma, con su virginal encanto realzado por la augusta majestad de la Reina y la arrebatadora ternura de su inmaculada y excelsa maternidad.

Sobre el negro fondo de la abrupta roca se yergue blanda y pudorosa como una azucena mañanera, de pie con el niño en los brazos, y senreja en su misteriosa inmovilidad un ensueño divino eternizado y suspendido entre el cielo y la tierra.

Su elegante y airoso cuerpo, envuelto graciosamente en amplia túnica y cubierto en parte por el ancho y suelto manto, irradia una suave claridad, blanda como risueño amanecer del día, viva como la lumbre de sus ojos divinos, transparente como sus castas miradas.

Destácanse de entre aquella blanda atmósfera de luz, Santo Domingo de Guzmán que, hincado a la derecha de la Virgen y lleno de místicas ternuras, recibe de aquellas regias manos el bienhechor rosario; y el dulce Francisco de Asís, que al lado opuesto, ardiendo en seráficos incendios, lo recibe de manos del precioso Niño.

Es un cuadro encantador, lleno de gracia y de ternura, donde la majestad, el amor y las finezas de María compiten con el místico arrobamiento y honda y sugestiva gratitud de los santos religiosos del siglo XIII.

La luz de la cúpula baña de lleno el retablo y, tamizada al caer sobre la oscura roca, forma con la que irradia la imagen un misterioso e indecible claroscuro, muy a propósito para dar mayor realce a la celestial hermosura de la Virgen Madre.

El airoso cuello, adornado por un valioso collar de perlas; las diminutas orejas, donde brillan tembladores diamantes; la noble frente, coronada por una diadema de preciosas gemas; la negra y abundosa cabellera, que enmarca el óvalo de un rostro divino; la dulce boca, de

bondadosa y exquisita delicadeza, la nariz recta y perfilada, y sobre todo los ojos—esos ojos divinos y misericordiosos,—que siguen a todos y a cada uno de los romeros con dulce e imborrable insistencia, forman el tipo ideal de esa criatura admirable, que en vano intentaría trasladar al papel.

¡No! esa imagen divina sólo puede vivir en la mente de Dios, sobre la agreste roca del Santuario y en el fondo luminoso del alma cristiana.

Ni el pincel, ni la pluma, ni el escoplo pueden copiar esa hermosura sobrehumana; la palabra indócil es impotente para hacerla vivir sobre el papel, y la misma poesía—flor del pensamiento,—aun realizada con los dulces encantos de la música, no puede esbozar siquiera ese algo misterioso y divino que la caracteriza y que siente y barrunta el alma, pero que nunca podrá exteriorizar cumplidamente.

Detengámonos, pues, unos momentos para adorar a Dios en esta obra maestra de sus manos, sin pretender dar a conocer lo que es imposible de copiar; y postrados de rodillas confesemos, con nuestra elocuente mudéz, la grandeza del Señor, y celebremos así la soberana hermosura de Nuestra Madre de *Las Lajas* que, como la de la Hija del Rey, es más interior que sensible, más espiritual que terrena y más divina que humana (1).

No sé qué opinen los críticos de arte respecto del colorido y corrección del dibujo, ni de ello me cuido; no intento estudiar técnicamente este cuadro admirable, y sólo me atrevo a decir que allí desaparece lo humano para dar campo a lo sobrenatural; que el arte es allí factor que no debe tenerse en cuenta, pues donde prima lo divino nada quiere decir lo terreno, y allí está la diestra omnipotente del Señor. Dios es el artista, y el hombre no aparece allí.

(1) *Omnis gloria ejus filiae Regis ab intus*. Ps. 44—14.

El romero, bajo misteriosa intuición, lo siente, lo comprende, lo palpa, por decirlo así.

Esos ojos *divinos* que se clavan en el alma como saetas de luz; el llanto que salta a los ojos espontánea y blandamente; los dulces y piadosos sentimientos que brotan en el corazón; el amor que se enciende, la fe que se aviva y dilata, el dolor que naturalmente nace en lo más íntimo del sér; ese olvido del mundo que inconscientemente nos aparta de él; el arrobamiento que nos embarga y hasta la misma física imposibilidad de apartar los ojos, un instante de los divinos ojos de Nuestra Señora, dicen más al entendimiento, y hablan más a la razón, que las mismas piadosas leyendas, tradicional veneración, comprobados prodigios y verídicos relatos acerca de su milagrosa aparición en aquel sitio afortunado.

Esa instantánea y súbita transformación moral que experimentan los romeros, siquiera sean ellos gentes extrañas a la piedad, junto con el religioso recogimiento que los embarga y la fuerza irresistible que los arrastra y mantiene enclavados delante de esa roca, bien claro están diciendo que allí hay algo sobrenatural muy distinto de todo lo conocido.

La emoción que domina a los peregrinos en este humilde pero glorioso Santuario no es ni la sorpresa de lo grandioso-material, ni el encanto inenarrable de las obras artísticas, ni el deleite sensual de la belleza terrena. ¡No! allí no siente el viajero lo que sentiría al contemplar el atrevido dombo y la mole gigantesca de San Pedro, las altas bóvedas y calados arabescos de las catedrales góticas, o las artísticas formas de la estatuaría griega. Es una emoción purísima, ajena a todo goce del sentido y sólo apreciable por la parte más noble del alma humana. Es un goce sereno y dulce, si bien después de haber sentido el hondo desequilibrio que produce en el espíritu la contemplación de *lo sublime*.

Y como allí nada de lo que rodea al viajero—propiamente hablando—puede despertarle esta nobilísima

emoción estética, la más alta y pura manifestación de la belleza; como los medios no guardan proporción con el resultado final, ni los elementos artísticos son aptos para tamaña grandeza, es necesario concluir que *lo bello* y *lo sublime* residen allí únicamente en algo que se escapa al sentido, que trasciende la inteligencia, y que estriba en lo sobrenatural: el poder de Dios. No hay allí combinaciones artísticas, contrastes estéticos, nada artificial ni postizo. ¡No! allí reina la más absoluta sencillez, la más aparente desproporción artística.

La belleza no existe en las cosas que rodean al viajero sino en mínima parte; toda la belleza viene de fuera, de lo alto, del cielo. Y no que sea *meramente subjetiva* o *interna*, pues algo barrunta el sentido, sino que se apoya en algo más que la línea, el color y la forma: en el poder divino, en la misericordiosa omnipotencia del Señor, Arquetipo Supremo de la Belleza Infinita.

Allí no se reza, como en los otros templos: se medita, se llora, se solloza, casi digo, se grita. Las plegarias brotan de los labios de los peregrinos caldeadas por un fuego extraño; corren de los labios, torpes y balbucientes, en tanto que el llanto se desliza hilo a hilo de los ojos que, clavados con misteriosa insistencia en los de la bendita imagen, ni se cansan, ni se hartan de mirarlos.

¡Y cosa rara en la humana fragilidad! las horas se fugan rápidamente, sin que el cansancio físico enerve las menguadas energías humanas, sin que la distracción nos robe tan dulces momentos, o el fastidio y la monotonía amengüen las bellezas percibidas. Antes bien, el tiempo acentúa las primeras impresiones, la contemplación abre hondo surco en el alma, y la continua observación nos descubre a cada instante nuevos detalles, más ricas emociones, otras fases diversas, no soñadas siquiera en los primeros instantes.

Parece que el tiempo perdiera allí su flexible volubilidad y el espacio se anulara, pues ni nos empuja el

primero, ni nos separa el segundo de esa *belleza ideal* que imaginamos tener, no ya a distancia, sino dentro de nosotros mismos.

El viajero experimenta allí algo de la serena y calmada *sofrosine* de los espíritus beatíficos; y cuando pasan las primeras violentas emociones, y torna la quietud, y el llanto se hace intermitente, y el labio enmudece, una calma indecible se apodera del cuerpo y los sentidos, y el alma, muerta aparentemente para todo cuanto lo rodea, sumida en místico deliquio, reposa blandamente como si, transportada a otro mundo velado por religiosas penumbras, sintiese de cerca el hálito inmovilizador de dulce y blanda eternidad.

La capilla termina por desaparecer; calla el órgano, las plegarias se apagan blandamente, palidecen los cirios, el altar se esfuma, y sólo allá en el fondo claroscuro vive y palpita la *Virgen Madre*, cuyos ojos *divinos* y *misericordiosos* penetran el alma como saetas de luz, iluminan las sombras oscuras de la conciencia y se fijan allí para siempre con la pertinaz insistencia de un anhelo y el suave resplandor de dos estrellas azules y lejanas.

Cuando el romero deja aquel Santuario bendecido—nidal de amor y castos recuerdos,—lloroso y triste como un pobre proscrito; cuando dejando atrás ese rincón sagrado emprende el penoso regreso, deteniéndose a cada revuelta del opuesto camino para mirar con los ojos preñados de lágrimas esa tierra de promisión que tal vez nunca más tornará a contemplar; cuando, perdido en las sinuosas curvas del camino, escucha conmovido los lueños bronces que tantas emociones despierdan en su alma, y las blancas torrecillas se hunden por fin tras la gigante roca, como palomas gemelas que se lanzaran al abismo, un torrente de lágrimas salta de sus ojos, y un hondo suspiro, triste como una queja, y blando como el amor materno, se escapa de su pecho,

y como alado recuerdo, como adiós postrero del triste peregrino, llega en alas de juguetona brisa a la *Madre del Amor Hermoso*, y revolando en torno de su imagen, acaricia sus plantas reverente.

Después... el peregrino se pierde en la polvosa *carretera*, y solitario y triste emprende el regreso, presto a entrar de nuevo en el mundo de las groseras realidades, donde le esperan las sordas pero terribles borrascas de las humanas pasiones, sin más armas que el frágil cayado de sus benditos recuerdos y el fuerte escudo del amor de María.

Pero a solas o en medio del bullicio, mundanal; en la grata soledad de su aposento o en medio del humano turbión; en el recogido aislamiento del Santuario, al pie del altar, a la hora del Santo Sacrificio, o en medio de los inquietantes negocios del siglo; en las horas tristes y en los breves momentos de placer; en medio de las numerosas claridades meridianas o entre las oscuras sombras nocturnas; en el campo y en la ciudad; dondequiera y a todas horas, lleva el romero en el alma, como sello indeleble, como estigma glorioso, como estrella polar de sus tinieblas y fuerza, de su debilidad, esos ojos *divinos* y *misericordiosos* que, rasgando las sombras espesas de la materia, brillan en el fondo del alma como dos saetas de luz.

JORGE ARTURO DELGADO

Presbítero

Pasto, 1913.

(De la *Revista Católica*)

MINISTRO DE INSTRUCCION PUBLICA

Para dirigir el ramo prestantísimo de la educación nacional ha sido nombrado Ministro el señor doctor Emilio Ferrero.

Ningún nombramiento más acertado. El doctor Ferrero, de distinguida familia del norte de Santander, siguió en el Colegio del Rosario todos los cursos del